

El Coloquio de Sevilla. Lo que sobre Don Juan me dijo Ortega una tarde de paseo (o no)

María J. Ortega Máñez

Doctora por la Universidad de París-Sorbona

mjortegamanez@gmail.com

Resumen

El diálogo que aquí se transcribe discurre por Sevilla y el pensamiento de Ortega y Gasset. Se va hablando de la razón topográfica, de cosmopolitismo y de Don Juan, figura objeto de una reflexión filosófica que imita los métodos de dos escuelas antiguas: el diálogo socrático y el paseo peripatético. Partiendo del Parque de María Luisa, la conversación recorre el centro de la capital hispalense hasta el barrio de la Macarena, sigue el curso del Guadalquivir, recalca en Casa Robles y termina frente a la Maestranza. En última instancia, no se hace sino poner en perspectiva o situación algunas meditaciones magistralmente escritas por Ortega y tirar del hilo. Con ello actualizamos dos claves orteguianas que consideramos fundamentales: la concepción de la vida como diálogo con el contorno y la condición dramática del pensar.

Palabras clave: Ortega, Sevilla, razón topográfica, diálogo, Don Juan, burlador.

Abstract:

**The Colloquy of Seville.
What Ortega told me about Don Juan during an afternoon walk (or not)**

The dialogue presented here flows through Seville and Ortega y Gasset's thought. It deals with topographic reason, cosmopolitanism and Don Juan, object of a philosophical reflection that imitates the methods of two Ancient schools: the Socratic dialogue and the Peripatetic walk. Starting from María Luisa Park, the conversation travels through the old city to the Macarena District, follows the Guadalquivir course, stops at Casa Robles and ends in front of the Maestranza Bullring. Ultimately, we put into perspective some meditations masterfully written by Ortega and follow the thread. In this way we update two fundamental Orteguian thesis: the conception of life as a dialogue with the environment and the dramatic condition of thinking.

Keywords: Ortega, Seville, topographic reason, dialogue, Don Juan, trickster.

eikasía

El Coloquio de Sevilla. Lo que sobre Don Juan me dijo Ortega una tarde de paseo (o no)

María J. Ortega Máñez

Doctora por la Universidad de París-Sorbona

mjortegamanez@gmail.com

Agradezco a Pablo Posada Varela el haberme dado ocasión, con su propuesta, de este escrito. También le soy grata por compartir conmigo su estupenda biblioteca digital; generosidad que, en tiempos de penuria bibliográfica, me ha salvado más de un trabajo. Debo una de las referencias orteguianas a Felipe González Alcázar. Gracias igualmente a Fernando Miguel Pérez Herranz por su lectura y atentas palabras.

Se olvida demasiado que todo auténtico decir no solo dice algo, sino que lo dice alguien a alguien. [...] El lenguaje es por esencia diálogo y todas las otras formas del hablar depotencian su eficacia. Por eso yo creo que un libro solo es bueno en la medida en que nos trae un diálogo latente, en que sentimos que el autor sabe imaginar concretamente a su lector y este percibe como si de entre las líneas saliese una mano ectoplasmática que palpa su persona, que quiere acariciarla – o bien, muy cortésmente, darle un puñetazo¹.

Tarde de abril. Sevilla resplandece. En la Plaza de España – mundo y representación – ondea el agua en reflejos verdes como Albéniz en el rasgueo de una guitarra cercana. El aire que mece suavemente las copas de los naranjos del Parque de María Luisa trae alguna palabra perfumada. Sentada, inmersa en aquella belleza apacible, mi ánimo cura un duelo mientras se hace la hora de que comience un Coloquio de Hispanismo Filosófico. Un par de perros vienen a saludarme. Se acomodan cerca.

¹ Ortega y Gasset, José, “Prólogo para franceses” en *La Rebelión de las masas, Obras Completas*, Tomo IV, Madrid, Santillana/Fundación Ortega y Gasset, 2005, p. 350.

– Hacéis bien: la siesta es sagrada. Yo tampoco debía perdonarla, aunque hay vigiliass que también son sagradas.

En mi bolso hay unos libros de Ortega y Gasset con apuntes y algún recuerdo entre sus hojas. Los coloco junto a mí en el banco para que gocen del tiempo y de la luz.

– “Todo lo que el hombre hace, lo quiera o no, es circunstancial. Mi obra es, por esencia y presencia, circunstancial. Con esto quiero decir que lo es deliberadamente, porque sin deliberación, y aún contra todo propósito opuesto, claro es que jamás ha hecho el hombre cosa alguna en el mundo que no fuera circunstancial”².

– Tomo nota – me parece oír a Juncal, con la voz inconfundible que le prestaba Paco Rabal. Qué privilegio, a pesar de todo, encontrarme aquí, en esta ciudad de esencias, para discurrir y dialogar sobre cosmopolitismo hispánico. Pero, ¿quién ha dicho eso? Bueno, quién ha dicho eso lo sé; más bien, ¿quién ha hablado? ¿Has sido tú, Berganza?

– “Dejemos esto, y comienza a decir tus filosofías”³.

– “Durante un reciente viaje, en días de perfecta primavera, he podido confirmar la afinidad, la consonancia evidente entre el atuendo de la leyenda donjuanesca y el lugar donde se ha localizado. En una ciudad como [esta] milenaria, que ha servido de lecho y de cauce a tantas civilizaciones, se halla todo impregnado de densas advertencias: cada cosa palpita cargada de mil alusiones, y es para el viajero sensible llegar a Sevilla penetrar en un sonoro enjambre de abejas espirituales, hechas de oro y de temblor, que le asaltan presurosas e innumerables y aspiran a dejar en el alma transeúnte, a la vez, su aguijón y su miel. Decía Gracián del tiempo que sabe muchas cosas por lo viejo y por lo experimentado. ¿Qué no tendrá que decir [esta] ciudad de tres mil años?”⁴

– ¿Cómo? ¿Habla Sevilla?

² Ortega y Gasset, José, “Prólogo a una edición de sus obras” en *Obras Completas*, Tomo V, Madrid, Santillana/Fundación Ortega y Gasset, 2006, p. 93.

³ Cervantes, Miguel de, *Coloquio de los perros* en *Novelas Ejemplares*, ed. Jorge García López, Madrid, Real Academia Española, 2013, p. 567.

⁴ Ortega y Gasset, José, “Introducción a un *Don Juan*” (artículos publicados en 1921) en *Obras Completas*, Tomo VI, Madrid, Taurus/Fundación Ortega y Gasset, 2006, p. 189.

– “Sevilla, en efecto, tiene mucho que decir, y además, no hay ciudad con lengua más suelta para decirlo. Porque en otros lugares suelen hablar sólo los hombres: allí habla todo, la calleja sombría y la plazuela soleada, el jirón de cielo y la torre que lo rasga, el ladrillo del muro y la flor del balcón. De todas partes le llegan a uno voces, gestos, guiños. En tanto que escuchamos al viejo río, casi decrepito, que desenvuelve la solemne lección de su curso grave y lento, los claveles de Triana nos disparan sus agudas sentencias. Aquella luz radiante de Sevilla tiene una peculiar inquietud, que no deja una línea, una superficie tranquila. Todo vibra, flota, se estremece, aletea”⁵.

– *Aire barroco*. Esperanza, caridad, hospicios, hermandades, fraternidades, conventos... Para mí tiene Sevilla lengua de cristiana vieja.

– Porque lees. ¿Paseamos?

– Leo letreros y escucho voces, jirones de conversación, el rumor riente de las fuentes. También huelo: a azahar de palacio árabe, a ropa recién tendida, a adoquín regado, a frito, a incienso dentro de los bares.

– “Debiéramos tener siempre en cuenta que siendo la tierra escenario de la existencia humana, de cada uno de sus puntos se desprenden sutiles alusiones a un cierto tipo de vida que en él sería posible. Es lo que yo llamo la razón geográfica de cada lugar. En todo paisaje hallamos preformado un estilo peculiar de vida. [...] Viceversa, conduce todo hombre en su dintorno la vaga iniciación de un paisaje donde su vida alcanzaría la plenitud. [...] Late, pues, en cada localidad un posible destino humano, que parece en todo instante pugnar por realizarse y actúa como un imperativo atmosférico sobre la raza que lo habita. A su vez, cada forma típica de vida humana proyecta ante sí el complemento de un paisaje afín. [...] Se trata, por lo tanto, de una *identidad de estilo*, una de esas correspondencias, a un tiempo evidentes y misteriosas, que todos vemos y nadie explica. ¿Quién, por ejemplo, ha explicado por qué los reptiles, los gatos y los ciervos en China tienen los ojos oblicuos como los mandarines?”⁶

– ¡Es verdad!

⁵ *Ibid.*

⁶ *Ibid.*, p. 191. *Cursiva mía.*

– “Yo creo que sería interesante perseguir esta idea, extrayendo la razón topográfica de los lugares más sugestivos del planeta”⁷.

– Esta idea de la *razón topográfica* no ha sido, que yo sepa, puesta de relieve lo suficiente; al menos no tanto cuanto es interesante y sugestiva. A mi modo de ver, viene a ser consecuencia y conjunción de ideas previas: vertiente de la teoría de la circunstancia que atiende al lugar y puesta en marcha de la razón vital. El resultado es la vitalización del entorno, la dramatización del paisaje, que se apuntaban en escritos tempranísimos como *La pedagogía del paisaje* (1906) y cuya expresión concisa se halla elevada a categoría histórica en *Las Atlántidas* (1924). Es la idea fundamental según la cual *la vida es, esencialmente, un diálogo con el contorno*.

– “Lo es en sus funciones fisiológicas más sencillas, como en sus funciones psíquicas más sublimes. Vivir es convivir, y el otro que con nosotros convive es el mundo en derredor. No entendemos, pues, un acto vital, cualquiera que sea, si no lo ponemos en conexión con el contorno hacia el cual se dirige, en función del cual ha nacido. [...] Esta doctrina del paisaje vital es, en mi entender, decisiva para la historia, que, a la postre, no consiste sino en una hermenéutica o interpretación de las vidas ajenas”⁸.

– Como la literatura.

– Pues bien; “el horizonte es un elemento de ese paisaje, y representa el dato de su amplitud y variedad”⁹.

– Pero, ¿qué es exactamente?

– “Una línea lejana, y, en apariencia, inerte, que circunscribe la existencia del hombre”¹⁰.

– ¿La determina?

– “Conviene formarse de él una idea más exacta, y en vez de interpretarlo como algo exánime y externo a la vida, ver en él un órgano vivo que colabora activamente en los destinos del hombre”¹¹.

– Calle Agua, calle Vida. ¿Por dónde seguimos?

⁷ *Ibid.*

⁸ Ortega y Gasset, José, *Las Atlántidas*, ed. José Ramón Carriazo Ruiz, Madrid, Tecnos, 2015, p. 100–103.

⁹ *Ibid.* p. 103.

¹⁰ *Ibid.*, p. 98.

¹¹ *Ibid.*

– Tuerce por esta y llegamos a la Judería. Como te iba diciendo, “la vida es siempre ecuménica, universal. Cada gesto que hacemos, cada movimiento de nuestra persona, va hacia el universo, y nace ya conformado por la idea que de él tengamos. [...] En la formación de nuestras ideas más elementales, nuestras acciones, empresas, usos, ha intervenido como un factor primario la fisonomía que al universo atribuimos. Los judíos son, dondequiera, un ingrediente de desasosiego – a mi juicio, benéfico – porque han rodado mucho por el planeta, se sienten más *cosmopolitas* que ningún otro pueblo, y la circunferencia de su horizonte no coincide nunca con la del país donde se hospedan, siempre más reducida [...] La distinción que suele hacerse entre ‘espíritu provinciano’ y ‘espíritu de capitalidad’ se reduce a una cuestión de dimensiones horizontales”¹².

– Siguiendo el hilo de la razón topográfica, que circunstancializa delineando un terreno, por el camino del horizonte y el paisaje vital hemos dado de bruces con la idea de cosmopolitismo, la cual alude a un horizonte más amplio del lugar en el que uno se encuentra, ¿es así?

– Correcto.

– Ahora bien, esta progresión conceptual, tan natural al ir discurrendo, me resulta algo problemática. Pues “atenerse a la circunstancia”, como usted prescribía en *Meditaciones del Quijote*, hacerse cargo de ella, ¿no estrecha el horizonte? Extraer la razón del lugar, oír las voces de ese diálogo que la vida entabla con el paisaje, ¿no equivale a acotarla al mismo tiempo? ¿Es posible una extensión, pertenencia a otros órdenes, cuando se está inmerso en vida y conciencia, de este modo, en un lugar determinado? En otras palabras, si hablamos de lugar, este pensamiento localiza; si dijésemos nación, ¿no nacionaliza? ¿No está todo esto reñido, en definitiva, con la idea de cosmopolitismo?

– Veamos qué es eso que llamamos *cosmopolitismo*. “En el paisaje de postguerra se acusan dos fenómenos que al ser enfrentados facilitan su recíproca definición. Uno de ellos es el internacionalismo representado por la Sociedad de Naciones; otro es el cosmopolitismo de ciertas minorías intelectuales. [...] El primero no ha avanzado un

¹² *Ibid.*, p. 99–100.

solo paso. Las naciones son hoy más nacionalistas, menos internacionalistas que en 1919”¹³.

– ¡Si viera usted un siglo después, en especial este reino de taifas! Pero sí, ya veo por dónde va. Anticipo de *La rebelión de las masas*, el cosmopolitismo al que se refiere ahí es el de la minoría más selecta de intelectuales de cada nación, que vive en espontánea armonía espiritual más allá de sus fronteras nacionales, contrariamente al tipo de intelectual del siglo XIX, que vivía dentro y de cara a su nación. La vida, para el intelectual cosmopolita, es ascetismo. Este severo entrenamiento viene impuesto por un ideal: hacer las cosas del mejor modo. Al describir el régimen de vida ascético de las minorías selectas oigo acentos de estoicismo antiguo, de donde es originario el concepto de cosmopolitismo¹⁴.

– Bien. Entonces, ya habrás caído en la cuenta... hay que distinguir. Ver y vivir. La razón topográfica es un instrumento hermenéutico, mientras que el cosmopolitismo es una forma de vida.

– Pero resulta que ambos están estrechamente ligados, al menos si adoptamos la razón vital como método. Además de constituirnos, la circunstancia hay que salvarla; el cosmopolita, por su parte, vive en concordancia con una idea que se hace del mundo.

– Espera, espera. Recuerda que la intelección filosófica, como el goce artístico, es una cuestión de óptica. “Para ver un objeto tenemos que acomodar de cierta manera nuestro aparato ocular”. Si miras un jardín a través de una ventana puedes ver el jardín o el vidrio: son operaciones que requieren acomodaciones oculares diferentes¹⁵.

– En este caso, el objeto me resulta demasiado grande y abstracto. Habría que buscar un soporte concreto en el que se den los mismos elementos y la misma configuración, pero a menor escala, como hace Sócrates en la *República*.

– Mira a ver.

¹³ Ortega y Gasset, José, “Cosmopolitismo” (art. de 1924) en *Obras Completas*, Tomo V, Madrid, Santillana/Fundación Ortega y Gasset, 2006, p. 199.

¹⁴ Resumen del artículo citado, *ibid.*, pp. 199–2004.

¹⁵ Ortega y Gasset, José, *La deshumanización del arte* en *Obras Completas*, Tomo III, Madrid, Santillana/Fundación Ortega y Gasset, 2005, p. 851.

– Hay que ver, las cascadas de sentido a las que precipita ese dicho... Bueno. Será que estamos aquí, y que me tomo en serio lo que usted dice: no dejo de pensar en Don Juan. En él, dice usted, se da esa conformidad reveladora entre lugar y destino, o ser. Ahora bien, ¿qué voy a saber yo, que ni soy sevillana, ni doña Juana, ni *ná de ná*?

– Precisamente. “Ni los Don Juanes ni los enamorados saben cosa mayor sobre Don Juan ni sobre el amor, y viceversa; solo hablará con precisión de ambas materias quien viva a distancia de ellas, pero tan atento y curioso, como el astrónomo hace con el sol. Conocer las cosas no es serlas, ni serlas conocerlas. Para ver algo hay que alejarse de ello, y la separación lo convierte de realidad vivida en objeto de conocimiento. Otra cosa nos llevaría a pensar que el zoólogo, para estudiar los avestruces, tiene que volverse avestruz. Que es lo que se vuelve Don Juan cuando habla de sí mismo”¹⁶.

– (*Risa*).

– *I want a hero...I'll take my friend Don Juan*¹⁷. “Los españoles hemos desatendido a Don Juan, pese a ser uno de los máximos dones que nuestro pueblo ha hecho al mundo. Entretanto, ausente de la tierra natal, Don Juan, que fue siempre un vagabundo, vive emigrante en París, en Londres, en Berlín. Mejor o peor tratado, sigue blasfemando y seduciendo en francés, en inglés, en alemán”¹⁸.

– Total, un auténtico cosmopolita.

– Comparte con él el rechazo de la masa. “Una y otra vez es resucitado para vengar en su imaginaria persona no sabemos qué agravios secretos e hincar denodadamente en su carne indefensa las plumas hostiles. Don Juan ha tenido siempre ‘mala prensa’. Esto debe bastar para que sospechemos en él las más selectas calidades”¹⁹.

– Hemos dicho que la raíz del cosmopolitismo es estoica. Y sí... en cierto sentido, Don Juan... Sin embargo...

¹⁶ Ortega y Gasset, José, “Para una psicología del hombre interesante” (ensayo de 1925) en *Obras Completas*, Tomo V, Madrid, Santillana/Fundación Ortega y Gasset, 2006, p. 184.

¹⁷ Byron, *Don Juan*, canto I. Cit. Ortega y Gasset, José, “Introducción a un *Don Juan*”, *op. cit.*, p. 194.

¹⁸ *Ibid.*, p. 184.

¹⁹ *Ibid.*, p. 194.

– “En su extraña biografía, donde el epicureísmo cobra un temple heroico y una tragedia dolorosa camina embriagada de gracia, queda inscrito el destino vital de la ciudad llana, deleitosa, perfumada y loca de luz”²⁰.

– ¡Cuánto importan esos matices! Pintan una figura barroca, hecha de contrastes y paradojas.

– “¿No se advierte el maravilloso acuerdo entre este fondo barroco y la loca caravana de la leyenda donjuanesca? Al verla pasar con su ritmo acelerado por la lontananza de nuestra fantasía, ¿qué percibimos de ella? Colores, vivos colores de Carnaval, terciopelos rojos, verdes jubones, blancos de hábito monjil, como en Zurbarán; azules de Murillo, carmesíes de sangre. Y oímos un tropel de rumores, donde todo va confundido: risotadas con lamentos, trozos de canciones y tintineo de espadas, carracas de Viernes Santo, campanas de Resurrección”²¹.

(Se oyen las campanas de la basílica de la Macarena).

– Así repica el Siglo de Oro. *(Un tiempo)*. Anoche me dijeron unos teatreros que jugaban al ajedrez en un bar de por aquí que en esta iglesia de San Luis de los franceses habían hecho un Don Juan. “Eso lo tenías que haber visto tú”, me dijo uno de ellos, Rincón o Cortado, con sevillanísimo acento quizá impostado.

– Somos espectadores.

– Nuestro Don Juan, pues, para ir apurando su perfil, es el de la primera cristalización de la leyenda medieval en teatro: el de Tirso, vamos (o de Claramonte, según ciertas voces).

– Eso déjasele a los filólogos, que es lo único que saben y, además, viven de eso. Nosotros a lo nuestro, que, como dijo el Gallo al presentarnos Cossío: “*Tié qu’haber gente pa’tó*”.

– Para mí, el ser de Don Juan lo manifiesta primeramente su naturaleza teatral. El actor es burlador. Tan pronto “hombre sin nombre” (v. 15) como “Honor/ tengo, y las palabras cumplo,/ porque caballero soy” (vv. 2497–2499)²². Grave, aunque se diga alegre. Lo veo moverse como Antonio Gades²³ y mirar al horizonte como lo describe

²⁰ *Ibid.*, p. 192.

²¹ *Ibid.*, p. 189.

²² Tirso de Molina (atribuida a), *El burlador de Sevilla*, ed. Alfredo Rodríguez López-Vázquez, Madrid, Cátedra, 1997, p. 132 y 277.

²³ *Don Juan* (1965).

Camus en una página melancólica y radiante de *El mito de Sísifo*²⁴. En cualquier caso, no en la ramplona versión de Zorrilla.

– Ese, “psicológicamente, me parece un mascarón de proa, un figurón de feria, pródigo en ademanes chulescos y petulantes que solo pueden complacer a la plebe suburbana”²⁵.

– El modelo de quienes se creen Don Juanes.

– “Con pocas excepciones, los hombres pueden dividirse en tres clases: los que creen ser Don Juanes, los que creen haberlo sido y los que creen haberlo podido ser, pero no quisieron”²⁶.

– Vamos bien.

– “Si fuese, en efecto, Don Juan no más que un virote de tasca y jaleo, sensual y pendenciero, baladrón y agresivo, lo mejor que podríamos hacer fuera avisar a la próxima Delegación de Policía para que nos libertase cuanto antes de parejo personaje. Sin embargo, el espíritu universal se ha comportado con él muy de otro modo. Desde que su leyenda se forma no hay pueblo, no hay época literaria, no hay pensador genial, gran poeta, músico excelso que no se haya creído obligado a enfrentarse con nuestro mal afamado compatriota. Parecieron sentir que hubiera quedado manca la interpretación del corazón humano que en su obra intentaban si hubiesen dejado fuera esta mala cabeza de Don Juan, este perdulario del Guadalquivir. [...] Es, pues, Don Juan un símbolo esencial e insustituible de ciertas angustias radicales que al hombre acongojan, una categoría inmarcesible de la estética y un mito del alma humana”²⁷.

– La afinidad de estilo, pues, no es anecdótica. Hay que entenderla profundamente, como lo que es: categoría ética y estética.

²⁴ Cuyo final reza : “Je vois Don Juan dans une cellule de ces monastères espagnols perdus sur une colline. Et s’il regarde quelque chose, ce ne sont pas les fantômes des amours enfuies, mais, peut-être, par une meurtrière brûlante, quelque plaine silencieuse d’Espagne, terre magnifique et sans âme où il se reconnaît. Oui, c’est sur cette image mélancolique et rayonnante qu’il faut s’arrêter. La fin dernière, attendue mais jamais souhaitée, la fin dernière est méprisable”. Camus, Albert, *Le mythe de Sisyphe*, Paris, Gallimard, col. « Folio », 1942, p. 107.

²⁵ Ortega y Gasset, José, “Introducción a un *Don Juan*”, *op. cit.*, p. 188.

²⁶ Ortega y Gasset, José, “Para una psicología del hombre interesante”, *op. cit.*, p. 183.

²⁷ Ortega y Gasset, José, “Introducción a un *Don Juan*”, *op. cit.*, p. 188.

– “Esta localización en Sevilla de la leyenda de Don Juan no ha de entenderse chabacantemente. Don Juan no es un chisme de barrio sevillano. Si tal fuera, ofrecería parvo interés a los que no somos vecinos de ese barrio, y la brillante fábula no habría hecho en torno al planeta su magnífico vuelo aguileño. En temas de esta altura, los hechos concretos e históricos son sólo pretexto, mísero esqueleto de una *ideal fantasmagoría*, y sirven al significado universal que transportan, a lo sumo, de punto de apoyo, como la rama al pájaro para dar al viento su canción. *Por su sentido universal*, no por su acento sevillano o español, ha merecido esta leyenda que le crezcan alas gigantes, y ha atravesado todas las literaturas, y se ha posado en cimas tan altas como Mozart y Byron”²⁸.

– Pero ¿en qué radica su universalidad?

– Para llegar ahí tenemos que verle primero la cara.

– ¿Cómo lo definiría?

– (*Se queda pensando un momento*). “Don Juan es siempre un hombre interesante”²⁹.

– Y ¿qué es un hombre interesante?

– “El hombre interesante es el hombre de quien las mujeres se enamoran. Pero esto ya nos pierde, lanzándonos en medio de los mayores peligros. Caemos en plena selva de amor. Y es el caso que no hay en toda la topografía humana paisaje menos explorado que el de los amores. Puede decirse que está todo por decir: mejor, que está todo pensar”³⁰.

– Pensar, porque decir... ¡anda que no han dicho y dicen los poetas!

– ¡Ah! “Todo el mundo cree tener la auténtica doctrina sobre él – sobre Don Juan, el problema más recóndito, más abstruso, más agudo de nuestro tiempo. [...] Por mi parte, sé decir que no he conseguido llegar a claridad suficiente sobre estos grandes asuntos, a pesar de haber pensado mucho sobre ellos”³¹.

– ¡*Tan largo me lo fiáis!* Mire qué barra, don José.

– ¡Hombre, Robles! Dos finos. El brindis lo haces tú.

– Por los maestros Ortega: mi padre y usted. Que me sigan enseñando a mirar.

²⁸ *Ibid.*, p. 190–191. Cursiva mía.

²⁹ Ortega y Gasset, José, “Para una psicología del hombre interesante”, *op. cit.*, p. 184.

³⁰ *Ibid.*, p. 186.

³¹ *Ibid.*, p. 183.

(Suena la voz portentosa de José Menese cantar por tiento. La letra dice: “Firme me mantengo,/ firme hasta la muerte,/ confirmo y afirmo/ que no he de cambiar,/ que como firme/ me he de sostener./ Cuando muera dirán siempre:/ murió, pero firme fue”).

– “Ante todo, Don Juan no es un sensual egoísta. Síntoma inequívoco de ello es que Don Juan lleva siempre su vida en la palma de la mano, pronto a darla. Declaro que no conozco otro rasgo más certero para distinguir un hombre moral de un hombre frívolo que el ser capaz o no de dar su vida por algo. Ese esfuerzo, en que el hombre se toma a sí mismo en peso todo entero y se apresta a lanzar su existencia allende la muerte es lo que de un hombre hace un héroe. Esta vida que hace entrega de sí misma, que se supera y vence a sí misma, es el sacrificio — incompatible con el egoísmo”³².

– Diríase que habla usted de...

– ¿De qué?

– Luego. Continúe, por favor.

– “No ha visto el verdadero Don Juan quien no ve junto a su bello perfil de galán andaluz la trágica silueta de la muerte, que le acompaña por dondequiera, que es su dramática sombra. Se desliza junto a él en el sarao; con él escala las celosías del amor; entra a su costado en la taberna, y en el borde del vaso que bebe Don Juan castañetea la boca esquelética del mudo personaje. [...] La leyenda de Don Juan, más bien que una broma, es un terrible drama. La inminencia constante de la muerte consagra sus aventuras, dándoles una fibra de moralidad, y presta a sus horas como una vibración peligrosa de espadas. Así empieza a dibujarse claramente la trascendencia simbólica de este ilustre calavera. El hombre animoso está dispuesto a dar su vida por algo. Mas ¿por qué algo? ¡Paradójica naturaleza la nuestra! El hombre está dispuesto a derramar su vida precisamente por algo que sea capaz de llenarla. Esto es lo que llamamos el ideal”³³.

– Y ¿el ideal de Don Juan? ¿No me dirá usted ahora: el amor verdadero?

³² Ortega y Gasset, José, “Introducción a un *Don Juan*”, *op. cit.*, p. 197–198.

³³ *Ibid.*, p. 198.

– “Don Juan se revuelve contra la moral, porque la moral se había antes sublevado contra la vida. Sólo cuando exista una ética que cuente, como su norma primera, con la plenitud vital, podrá Don Juan someterse. Pero eso significa una nueva cultura: la cultura biológica. La razón pura tiene que ceder su imperio a la razón vital”³⁴.

– Eso le convierte en *tema de su tiempo*.

– “[Nota] qué lealmente va Don Juan por el mundo en busca de algo que absorba por completo su capacidad de amar: se afana incansablemente en la pesquisa de un fin. Mas no lo encuentra: su pensamiento es escéptico aun cuando su pecho es heroico. [...] Tal es la tragedia de Don Juan: el héroe sin finalidad”³⁵.

– Kierkegaard retrata a Don Juan como el buscador incesante. Pero nuestro Don Juan no duda ni se desespera; no es Hamlet, ni Werther. Don Juan actúa. Dentro de un horizonte que impone temor a Dios y respeto a ciertas normas, él peca y blasfema.

– Esa es la cuestión: buscar el sentido de la negación de Don Juan. “Porque, una de dos: o Don Juan niega a ciegas, porque sí, el valor de todo lo excelso, y entonces su negación carece de sentido, no es ni negación y no merece el trabajo que Dios se toma triturándolo con su pulgar omnipotente, o niega todo lo que no es su capricho *con plena conciencia, después de haber mirado de hito en hito los soberanos perfiles de los ideales*. Sólo en este caso tiene sentido su negación, sólo entonces es verdaderamente un acto espiritual, digno de premio o castigo, y no un mero gesto infrahumano exento de toda sugestión filosófica”³⁶.

– Ahí está ya cruzado, colocado en la perspectiva que le corresponde.

– Tal vez obtengamos de Don Juan “la grave revelación de que, en rigor, todo ideal, por perfecto que sea, tiene alguna insuficiencia que le hace incongruente con nuestro corazón y, por tanto, susceptible de ser heroicamente negado”. Esa es la razón de que “Don Juan pecador no nos parezca un ente despreciable, que no podamos admitir en él una vulgar frivolidad, que su concupiscencia y devaneos adquieran a nuestros ojos un matiz grave y trágico, y que en el rodar de sus

³⁴ Ortega y Gasset, José, “Las dos ironías, o Sócrates y Don Juan” en *El tema de nuestro tiempo, Obras Completas*, Tomo III, Madrid, Santillana/Fundación Ortega y Gasset, 2005, p. 593.

³⁵ Ortega y Gasset, José, “Muerte y resurrección”, en *Obras Completas*, Tomo II, Madrid, Santillana/Fundación Ortega y Gasset, 2004, p. 287.

³⁶ Ortega y Gasset, José, “Introducción a un *Don Juan*”, *op. cit.*, p. 186. *Cursiva mía*.

carcajadas percibamos resonancias de esenciales dolores humanos.” Y es que “Don Juan no es un botarate, sino terrible símbolo de una simiente trágica que, más o menos incubada, llevamos dentro todos los hombres: la sospecha de que nuestros ideales son mancos e incompletos, frenesí de una hora embriagada que culmina en desesperación, embarque jovial que una vez y otra hacemos en naves empavesadas, las cuales siempre al cabo periclitán”³⁷.

– Magnífico. Ese es el mito eterno. Ahí adquiere Don Juan la altura y profundidad filosófica que han posibilitado que trascendiera de la calle Sierpes – por la que otro sevillano don Juan, amigo suyo, tampoco se arrastraba –, al mundo entero. Pero permítame un apunte.

– Y dos.

– Ha estado usted caracterizando a Don Juan con ejemplar agudeza. No obstante, por momentos, me ha parecido que describía a otro arquetipo, hispano también, con el cual, por tanto, comparte Don Juan hechura.

– Di.

– El torero.

– ¿No lo dirás porque estamos delante de la Maestranza?

– Quizá sea el *genius loci*, o mi *daimon*, que me recuerda conversaciones antiguas con mi padre, y la emoción de una tarde vivida aquí hace dieciséis años.

– A ver cómo está eso.

– *El burlador de Sevilla*. El epíteto es certero. Hemos incidido en la procedencia, merced a la razón topográfica, y extraído sutiles perlas hermenéuticas. Pero el nombre no es menos fecundo, pienso yo. *Burlador* lo designa la lengua áurea. En efecto: Don Juan no solo blasfema, se burla de los preceptos morales; no solo seduce a las mujeres, además las burla (y no solo a ellas). Engaña, se escabulle, ríe; esto es: burla y se burla. Ahora bien, burlar es seducir con engaño; pero también: esquivar la embestida del toro. La analogía entre la acción de Don Juan y la lidia taurina se advierte en que para *burlar* al toro, o *llevarlo adonde no quiere ir*, hay que seducirlo. Toda la estética del torero (atuendo, movimientos, etc.) están al servicio de este fin. La lengua no miente. *Engaños* se llaman los instrumentos para torear (capote de

³⁷ *Ibid.*

brega y muleta). *Burladeros*, las vallas del ruedo tras las que el lidiador puede refugiarse, burlando al toro que lo persigue. *Lances* son unidades de acción, tanto dramáticas como taurinas. Que Don Juan se identifica con la figura del diestro – y la del actor, apuntada antes – lo insinúa el juego de estos versos:

CATALINÓN. No se escapa
nadie de ti.

DON JUAN. El truco adoro.

CATALINÓN. Echaste la capa al toro.

DON JUAN. Escapéme por la capa. (vv. 1538–1542)³⁸.

En esa caracterización ¿no hay ejecutada una revolvera perfecta? Y ¿qué decir sobre la inminencia de la muerte en el toreo y, por ende, de su textura ética, que no haya dicho usted en referencia a Don Juan? La burla es cardinal en la cultura del Siglo de Oro, y este es, creo yo, el patrón de la España moderna, cuando se fija lo que somos. No se entiende la literatura áurea (picaresca, teatro...) sin una comprensión honda del fenómeno de la burla y de sus ramificaciones.

– “No puede comprenderse bien la historia de España, desde 1650 hasta hoy, quien no se haya construido con rigurosa construcción la historia de las corridas de toros en el sentido estricto del término”.³⁹ “Hemos hecho mal los españoles de este último tiempo en ocuparnos tan poco de la imagen de Don Juan. No hay leyenda más española. Como nuestro corazón nacional, está hecha de puros contrastes, y el alma anónima que la ha imaginado parece haberse complacido uniendo en ella todos los extremos. No olvidemos que Cervantes, hacia el fin de su libro, cuando ya no sabe qué nuevos adjetivos aplicar a Don Quijote, le llama Don Quijote el Extremado. Los españoles solemos ser así: o extremados, o nada. Por eso en esta leyenda hay escenas de mediodía y de medianoche, virginidad y pecado, carne moza y masa cadáver, orgía y cementerio, beso y puñal. Al drama humano asisten cielo, infierno y

³⁸ Tirso de Molina, *El burlador de Sevilla*, op. cit., p. 216.

³⁹ Ortega y Gasset, José, *Introducción a Velázquez* (1947) en *Obras Completas*, Tomo IX, Madrid, Taurus/Fundación Ortega y Gasset, 2006, pp. 913–914.

purgatorio, que, como espectadores de una corrida de toros, no logran contenerse y acaban por tomar parte en la función”⁴⁰.

– En fin, la popularidad de que han gozado en España tanto las corridas de toros (también llamadas *fiesta nacional*) como la leyenda donjuanesca (representada cada noche de difuntos) dice algo de la *Weltanschauung* española; como si ambas representaran algo suyo tan sustancial que la cultura popular no pudiera prescindir de ellas, de ahí su manifestación festiva y trascendente a la vez.

– Sigue dándole vueltas a eso, que no pinta mal. Si me permites, entro al coso, donde me espera mi amigo Domingo Ortega. Y disculpa si te he hecho perder el Coloquio.

– El auténtico coloquio ha sido este. Gracias, maestro.

Con estas palabras de despedida, me di cuenta de que una luz crepuscular envolvía el Parque. Sentí una presencia expectante. Los perros, que había olvidado en decúbito y plácida ensoñación, estaban ahora frente a mí, con ese jadeo propio de ellos que a nosotros puede parecer que sonríen o que están a punto de hablar. De pronto, uno de ellos vino hacia mí y me asió con los dientes el borde de la falda, haciéndome señal de que me levantara y lo siguiera.

–Voy, Cipión, voy, no estires.

Los dos, de buen paso, me fueron indicando el camino de salida.

⁴⁰ Ortega y Gasset, José, “Introducción a un *Don Juan*”, *op. cit.*, p. 191.

Bibliografía

Camus, Albert, *Le mythe de Sisyphe*, Paris, Gallimard, col. « Folio », 1942.

Cervantes, Miguel de, *Coloquio de los perros en Novelas Ejemplares*, ed. Jorge García López, Madrid, Real Academia Española, 2013.

Ortega y Gasset, José, *Las Atlántidas*, ed. José Ramón Carriazo Ruiz, Madrid, Tecnos, 2015.

Ortega y Gasset, José, *Obras Completas*, Tomos II, III, IV, V, VI y IX, Madrid, Santillana/Fundación Ortega y Gasset, 2004-2006.

Tirso de Molina (atribuida a), *El burlador de Sevilla*, ed. Alfredo Rodríguez López-Vázquez, Madrid, Cátedra, 1997.